RESEÑA CRITICA

LA ECONOMIA POLITICA DEL ESTANCAMIENTO

Antonio J. González, Economía política de Puerto Rico. Editorial Cordillera, San Juan, P.R., 1967 (168 pp; \$3.00).

La historia del movimiento independentista muestra que la Economía no es su fuerte. Lamentablemente, los planteamientos y estudios económicos sobre la deformada economía colonial comparan desfavorablemente con las incontables disquisiciones jurídicas y políticas. En el pasado creimos que para desenmascarar al imperialismo bastaba con apelar a los principios jurídicos (la nulidad del Tratado de París), a las decisiones de los organismos internacionales (la resolución 1514 de la O.N.U.) y al puro patriotismo ("en el fondo cada puertorriqueño es un independentista"). De ahi que la lucha política se librara en la estratósfera romántico-legal, tocando sólo de rechazo la naturaleza económica del imperialismo norteamericano.

Hoy, un sector del movimiento independentista comprende que la Ley no es más que la teología del capitalismo. En consecuencia, rechaza la lucha política abstracta y recurre a la economía, entre otras disciplinas, como fundamento sólido de sus planteamientos políticos. Ya el colonialismo no es un mero disparate jurídico de unos políticos inescrupulosos sino el dominio descarnado de los recursos económicos y de la fuerza de trabajo de los puertorriqueños.

Sin embargo, esta nueva conciencia no ha producido todavía un estudio serio y profundo sobre la economía colonial de Puerto Rico. Desgraciadamente, Economía política de Puerto Rico, del profesor universitario Antonio J. González, no llena ese lamentable vacío.

El autor pertenece al ala del independentismo liberal que rechaza, por razones "tácticas," todo planteamiento que escandalice a los sectores más reaccionarios y que enturbie ante los ojos de Washington la "respetabilidad" de la lucha independentista. Por consiguiente, esta corriente liberal no considera prudente mencionar desde la tribuna independentista a Albizu Campos y a Fidel Castro -- "cada vez que Mari Bras los menciona perdemos 25 votos"-- ni al imperialismo por su nombre.

Fiel a estos principios tácticos, el autor no menciona ni una vez en su libro, no ya la palabra, sino tampoco el fenómeno real del imperialismo ni su efecto deformador sobre nuestra economía. Pero como no basta con eliminar la palabra de nuestro vocabulario para que el imperialismo desaparezca, la existencia física y evidente de ese mismo imperialismo se torna en contra del autor y hace de su libro una mera crítica contemporizadora.

El autor, al destacar la singularidad del caso de Puerto Rico, incurre en una de las principales fallas de su estudio: el micro-análisis. No advierte que el imperialismo es un fenómeno universal. De esta manera concibe el desbalance económico existente como resultado de la peculiar dependencia puertorriqueña al gobierno de los Estados Unidos y no como el fenómeno global del colonialismo y el neocolonialismo que afecta no sólo a las tradicionales áreas subdesarrolladas sino también a países desarrollados como Inglaterra, Canadá, Japón, etc.

Y si bien el autor señala el peligro de que la experiencia de P.R. se copie en otros países latinoamericanos, es incapaz de ver que compartimos con América Latina la TODAVIA ESTAMOS POR VER EN QUE PARTE DEL MUNDO EL CAPITALISMO HA BENEFICIADO
A TODOS POR IGUAL: PUERTO RICO NO ES EXCEPCION A ESA REGLA FUNDAMENTAL

condición de países penetrados y explotados por el capital extranjero. Y que si el tipo de explotación varía --allí a través de la extracción de materias primas; aquí a través del aprovechamiento de un mercado protegido, de una excensión contributiva, de unos sueldos bajos, etcambos sufrimos la pérdida de nuestro excedente económico y, por ende, ambos estamos condenados, mientras exista esa situación, a vivir en el subdesarrollo y en franca dependencia política y económica de los que poseen el capital. (Véase, La economía política del crecimiento, de Paul A. Baran.)

Reconocemos, sin embargo, otras diferencias: En P.R. el imperialismo no reconoce ninguna clase de independencia formal:
P.R. está encajado dentro del sistema norteamericano y por lo tanto la lucha contra el imperialismo es frontal desde las primeras etapas. Mientras que en la América Latina existe una independencia formal por lo que la lucha, en sus inicios, se libra contra un gobierno "nacional," intermediario del imperialismo. Pero a la larga ambos tienen que enfrentarse al mismo enemigo.

No se trata, pues, de un problema institucional, de una mera dependencia constitucional y legal, como dice el aubor, sino de un sometimiento económico surgido del capitalismo y el imperialismo norteamericanos. El problema de los salarios es muy elocuente al respecto. Es en este rengión donde las corporaciones norteamericanas tienen su picnic, ya que el gobierno de P.R. los mantiene bajos, deliberadamente, para atraer las inversiones norteamericanas.

Pero, por otro lado, aquí rigen las normas de la ley de salarios mínimos federales. Mientras el Congreso de los E.U. presiona para que los salarios aumenten progresivamente hasta reducir las diferencias actuales, el gobierno de P.R. lucha por mantener los salarios bajos como estímulo al capital extranjero.

Por lo tanto, el profesor González afirma: "A medida que los salarios en los sectores industriales afectados por la legislación federal aumentan, se va reduciendo el incentivo para las inversiones norteamericanas.en la Isla. La elevación consiguiente en los costos de producción reducirá la capacidad competitiva de las empresas que venden en el continente y podrá inclusive provocarse un caos en nuestra economía."

Esto, en conclusión, según el autor es una evidencia clara "de los caracteres precarios que puede asumir la política de desarrollo económico de PR mientras tenga que moverse en el marco constitucional-legal que le impone la presente condición política."

Este dilema lo soluciona el autor con una fórmula mágica: "una política de salarios que provea para el estímulo de las inversiones de capital al mismo tiempo que para el progresivo aumento de los niveles de vida de los trabajadores, sin monoscabo del desarrollo." Es decir, una política en que todos ganan y nadie pierde.

Esa sería la solución si el problema residiera en un mero choque de organismos burocráticos o de legislaciones dispares y si el sistema no se llamara capitalismo. Todavía estamos por ver en qué parte del mundo el capitalismo ha beneficiado a todos por igual. Por eso es que destacamos el hecho de que el problema de los salarios no es accidental sino fundamental, inherente no sólo a la colonia sino también al orden capitalista. El dilema entre las ganancias de los capitalistas y mejores salarios nunca se resuleve dentro del capitalismo para toda la población, aunque sí para un sector.

CLARO ESTA, GONZALEZ NO ESCRIBE DESDE UN PUNTO DE VISTA FAVORABLE A LA CLASE

OBRERA -- ASUME LA TESIS LIBERAL-CAPITALISTA DE LA "REVOLUCION PACIFICA"

CUYO DEFENSOR MAS NOTORIO ES LUIS MUÑOZ MARIN

Es precisamente esa diferencia, surgida de la posesión de los medios de producción por una minoría, lo que explica la existencia de capitalistas y trabajadores.

M'entras a esa minoría se le garantive por ley la explotación de la mayoría, es decir, mientras unos trabajen para el enriquecimiento de otros, la desigualdad salarial será la orden del día.

Aún cuando los trabajadores puedan reducir el grado de explotación a través de luchas por mejores salarios y mejores condiciones de trabajo, siempre existirá el desnivel en los salarios. Desaparecerá el día en que el fruto del trabajo revierta a los trabajadores y no a los capitalistas. Cuando esto ocurra, cuando el incentivo de la ganancia no sea el móvil principal de la inversión de capital, le habrá llegado la hora al capitalismo.

Claro está, el autor no escribe desde un punto de vista favorable a la clase obrera sino desde la posición de un economista liberal pro-capitalista que suscribe la desacreditada tesis de la "revolución pacífica," cuyo defensor más notorio es Muñoz Marín.

Frente al dilema evolución o revolución, dice, P.R. ha escogido el primer camino: "En la feliz solución de este dilema, en el caso de P.R., el marco legal, constitucional y político en que nos desenvolvemos fue un factor determinante. El proceso de transformación deliberada o planificada no provocó la reacción violenta que suelen oponer los intereses afectados por los planes de desarrollo."

Las condiciones indispensables para el triunfo de esta "revolución pacífica" fueron la "unidad política" y la "unidad de propósitos." A partir de 1940, "...

"... en la medida en que el gobierno de P.R. aumentaba su radio de acción en el manejo de la administración pública local, la ingerencia y la influencia de los intereses económicos norteamericanos tradicionales se fue reduciendo. Al debilitarse la fuerza política de los intereses económicos que se habían atrincherado durante la primera fase de la administración norteamericana, los intereses del pueblo de P.R. representados por el Gobierno Insular, estuvieron mejor defendidos y protegidos ante las autoridades federales. Es decir, a la unidad política siguió una mayor unidad de propósitos."

"... la consolidación del poder público en manos de un liderato político /del Partido Popular/ dispuesto a bregar con los problemas económicos de la Isla y el nombramiento de Rexford G. Tugwell como gobernador, fueron puntales para el logro de la unidad política."

Sin embargo, el propio autor logra desinflar, sin quererlo, esta loa desmesurada al referirse al papel desempeñado por las corporaciones norteamericanas en la fijación de los fletes marítimos y en la implantación de la ley de 500 acres.

En el caso de los fletes marítimos el Dr. González afirma: "Los monopolios navieros han demostrado siempre estar en posición más sólida para lograr que la Comisión de Fletes Marítimos aumente los mismos entre P.R. y el continente, que el Gobierno para impedirlo."

Si ésto ha sido así antes y después de 1940, ¿cómo es posible afirmar que "la ingerencia y la influencia de los intereses económicos norteamericanos tradicionales se fue reduciendo?"

RICO SE CONFORMA CON REFORMAS MEDIATIZADAS QUE SIRVEN GOBIERNO DE PUERTO

DE FACHADA LIBERAL AL PODERIO RAMPANTE DE CONSORCIOS NATIVOS Y EXTRANJEROS

Lo mismo podemos decir de la ley de 500 acres. Al igual que en el caso anterior, el autor señala a los culpables pero es incapaz de atribuírles la responsabilidad que les corresponde. Más bien prefiere incurrir en la mistificación del problema disparándose al elevado plano de "las limitaciones constitucionales", olvidando así el poder real de las corporaciones para determinar el alcance de las leyes y de la constitución.

El mismo autor lo admite pero es incapaz de arribar a las debidas conclusiones: "... no nos cabe la menor duda, de que si el Gobierno de P.R. hubiera tratado de llevar la reforma agraria más allá de los limites practicados, como hubiera sido deseable, los intereses latifundistas hubieran tenido éxito en lograr una declaración de inconstitucionalidad de la reforma agraria."

Este no es un problema de "limitaciones constitucionales impuestas por las relaciones políticas con los E.U." sino del poder ilimitado de las corporaciones norteamericanas, que no se resuelve con una reforma constitucional ni una independencia formal.

tado los países "libres" como Brasil bajo el gobierno de Goulart o Guatemala en la época de Arbenz o Ghana bajo Nkrumah. Mientras la estructura económica descanse sobre el poder de las grandes corporaciones, todo intento de reforma agraria, fiscal o de cualquier tipo, tendrá que pasar por el tamiz de los intereses capitalistas.

De lo contrario, los gobiernos se ganan la hostilidad de éstos y se ven abocados a un desplome inminente (como ocurrió en los tres casos mencionados arriba), o se conforman con unas reformas mediatizadas

que sólo sirven de fachada liberal al poderío rampante de los consorcios nativos y extranjeros. Este es el caso de la reforma agraria en Puerto Rico, Venezuela, México, etc. (Véanse los siguientes artículos sobre los avances recientes del neocolonialismo en Africa: Manuel Bridier, "Notes on the Imperialist Counter-Offensive" y Romano Ledda, "Social Classes and Political Struggle," en International Socialist Journal, Año 4, Núm. 22, agosto, 1967.)

A pesar de que el autor hace una relación de los aspectos negativos del sistema actual --limitaciones del transporte marítimo, de la reforma agraria, de la política de salarios, del comercio exterior, etc .-- concluye con un juicio favorable: "Los cambios institucionales, políticos, administrativos, y de orden económico operados en la Isla reflejan el esfuerzo consciente de dirigir en forma racional el desarrollo económico."

Así lo atestigua, según el Dr. González, el éxito de la Junta de Planificación y de la Administración de Fomento Industrial. El error que comete reside en un concepto estracho de la planificación y en la creencia de que el capital extranjero beneficia al país.

En apariencia ambos organismos existen en En realidad es un problema que han enfren-función de los intereses del pueblo puertorriqueño. Pero en realidad ambos facilitan el enriquecimiento acelerado de un sector minúsculo de nuestra sociedad y de los inversionistas norteamericanos.

> Lo que el Gobierno Insular entiende por planificación es la concesión de permisos para hacer calles simétricas, la negación de permisos para establecer negocios en zonas residenciales o la fijación de normas para la construcción de alcantarillas, etc. Es decir, se planifican los aspectos menos esenciales de la vida del país, sin interferir con la libertad del capital privado, el principal "planificador."

La Junta de Planificación todavía no ha emprendido ningún plan para solucionar los problemas, presentes y futuros, de alimentación de nuestra creciente población, a través de la explotación racional de la tierra, nuestra principal riqueza.

Se limita a verla correr al mar por efecto de la erosión, desperdiciada irremediablemente por la construcción desordenada de urbanizaciones o en estado improductivo, como si todavía compartiera la creencia mediaval de dejar "descansar" las tierras para que recobren sus minerales.

Aún más: todavía no contamos con un estudio geológico serio que nos permita concebir la posibilidad de desarrollar una industria metalúrgica puertorriqueña.

Es preciso, pues, descartar el concepto actual de planificación y concebirla como el esfuerzo consciente del hombre por convertirse en su propia providencia, con la ayuda de la ciencia y la técnica. Pero en P.R., la única providencia que conocen nuestros gobernantes es la Philips Petroleum o la Ponce Mining. Mañana tal vez sea la CompagnieMiniere du Katanga.

Es absurda, por lo tanto, la conclusión del Dr. González: "Los esfuerzos de planificación realizados por la Junta constituyen uno de los aspectos más sobresalientes y dignos de emulación del programa del desarrollo económico lanzado por el gobierno del país."

Ahora bien, si la planificación social no existe en la Junta de Planificación, mucho menos existe en el Banco de Fomento Industrial y en la Administración de Fomento Industrial. Esta última es la encargada de llevar de la mano a los inversionístas norteamericanos por el paraíso de las inversiones que es P.R.

En consecuencia, le ofrecen a los consorcios extranjeros una clase obrera desorganizada --en uno de sus folletos les comunica, como una ventaja, que sólo el 18% de los obreros de las fábricas auspiciadas por Fomento están unionados-- y les exime de pagos sobre la renta, sobre la propiedad, y sobre todos los beneficios derivados de las inversiones de capital en las industrias.

Además, según el Dr. González, las empresas extranjeras reciben ayuda en la selección y adiestramiento, al igual que en la contratación del personal técnico y administrativo, y reciben información sobre la legislación obrero-patronal, salarios, condiciones ambientales, etc. Y como si esto no bastara, la Administración de Fomento Económico comparte con la empresa los costos iniciales de adiestramiento del personal técnico y administrativo.

Esto, que a claras luces no es más que la entrega total del país al capital norteamericano, según el autor, "parece ser una de las mayores contribuciones que el desarrollo económico de P.R. puede brindar a los esfuerzos de otros pueblos."

Pero el mismo autor, como es su costumbre, derrota sus propias conclusiones al afirmar: "Considerando que el rápido aumento en el producto nacional bruto se debe principalmente a la tendencia expansionista registrada en el sector manufacturero, resulta paradójico que, desde el 1950 hasta el 1962, el nivel general de empleos no refleje incremento en este período de industrialización."

Y añade: "De 1950 a 1964 se registra una pérdida de 81 mil empleos en la agricultura. ... a pesar de que la fuerza trabajadora se mantuvo más o menos constante de 1950 a 1964, la expansión registrada en el sector industrial, el sector público y los servicios

On the late of the section is a deleted in a consistent and the telegraph of the late of t

LA CONDUCTA DE LA JUNTA DE PLANIFICACION Y LA ADMINISTRACION DE FOMENTO SOLO
PRUEBA QUE DEBEMOS DESCARTAR EL ESTRECHO CRITERIO ACTUAL DE PLANIFICACION

DESDE SU PERSPECTIVA ESTRECHA Y DOGMATICA DEL DESARROLLO ECONOMICO Y LA PLANIFIZIO

CACION, EL AUTOR ARROJA UNA NUBE DE PREJUICIOS SOBRE CURSTIONES FUNDAMENTALES

apenas pudieron absorber el desempleo provocado en los demás sectores..."

Si el Dr. González tuviera el mismo interés por aprender de otros pueblos como el que tiene por enseñarles nuestra "experiencia," seguramente su visión del desarrollo económico y de la planificación sería menos estrecha y dogmática. Porque en realidad lo que autor propone es que repitamos aquí la historia del capitalismo sin aprovechar las ricas enseñanzas de otros países subdesarrollados que han dejado atrás el camino trillado del capitalismo y comienzan a experimentar nuevos conceptos y sistemas económicos.

El problema no se despacha estableciendo una "diferencia crucial" entre lo que el autor llama "el proceso de planificación típico de las sociedades monolíticamente centralizadas, en las que las decisiones fluyen en forma unidireccional desde las esferas más elevadas ..., y el proceso democrático de planificación que permite el libre debate frente a las opiniones discrepantes."

Así, al equiparar la planificación centralizada con el totalitarismo, y la planificación "democrática" occidental con la libertad, el Dr. González arroja una nube de prejuicios sobre lo que pudo ser una discusión científica fructífera de los problemas, éxitos y fracasos de la planificación socialista y la planificación capitalista en los países subdesarrollados.

Uno de los casos más extraordinarios que el autor no toma en cuenta es el de Corea del Norte. Un país subdesarrollado que en 14 años erradica la pobreza, ciertamente debería llamar la atención de cualquier economista o aficionado a la economía. Este país destrozado por la guerra y desprovisto de su región agrícola tra-

cional al dividirse la nación coreana, no sólo produce arroz suficiente para alimentar su población de 12 millones sino que también exporta su excedente. Todo lo cual se logró a través de la mecanización, el riego y la renovación de sus métodos de cultivo. Hoy, menos del 50% de la población está ligada a la agricultura, cuando en el pasado cerca del 80% vivía de la tierra.

Además, en el sector industrial, Corea alcanzará dentro de poco un crecimiento anual del 18% con la ayuda de una industria pesada en constante desarrollo, una producción anual de 12 billones de kilovatios de electricidad, más de un millón de toneladas de acero, 14 millones de toneladas de carbón, 2.5 millones de toneladas de cemento, etc.

Como resultado de este esfuerzo económico planificado, Corea cuenta hoy con un sistema de seguro social (las pensiones montan al 50% de los sueldos), servicios médicos gratuitos y un sistema educativo altamente desarrollado —cerca de una cuarta parte de la población dedica la mayor parte del tiempo al estudio y hay más de 200 mil técnicos y expertos, cifra que será duplicada en los próximos años. (Véase el artículo de Joan Robinson, "Korean Miracle," en Monthly Review, enero, 1965.)

Lo que resalta de este balance extraordinario es el hecho de que se logró con muy poca ayuda externa. Al terminar la guerra Corea recibió de los países socialistas una ayuda de \$550 millones. De ahí en adelante la economía coreana fue capaz de generar su propio capital con la ayuda de la planificación socialista que en Corea, contrario a lo que dice el Dr. González, tiene en cuenta las opiniones no sólo de los técnicos y políticos del país sino también de los obreros que discuten y sugieren mejoras a los planes y métodos productivos

EL LIBRO DE GONZALEZ AYUDA A REPLANTEAR Y REFORMULAR LOS CONCEPTOS QUE
UNOS Y OTROS TENEMOS SOBRE EL IMPERIALISMO Y EL VERDADERO SIGNIFICADO DE LA
INDEPENDENCIA

antes de la confección del plan final.

A todos estos factores tenemos que anadir otro: el patriotismo. Quizás este último provoque un encojimiento de hombros de los economistas liberales, ya que no es "medible" o tal ves es muy "subjetivo."

Lo cierto es que sin el patriotismo, sin el sacrificio consciente de la población por el bienestar general, la ayuda exterior se habría convertido en dependencia exterior y las fluras tareas de la reconstrucción del país se habrían trocado en pesimismo y desaliento y en un derrotero incierto del desarrollo de la economía y la vida social coreana.

La ignorancia de ejemplos tan aleccionadores, unida a la ignorancia del imperialismo en todas sus formas, contribuye a que este libro no sea más que un programa económico de los populares soberanistas, un punto intermedio en el que se tocan los independentistas liberales y los liberales populares.

De todas maneras, el que un puertorriqueño escriba un libro sobre economía política ayuda a replantear y reformular los conceptos que unos y otros tenemos sobre el imperialismo y sobre el verdadero significado de la independencia. Pero si seguimos las recomendaciones del Dr. González estaremos sembrando las semillas de futuros problemas. Y es que la independencia formal favorecida por el autor sólo sirve para sembrar ilusiones sobre el imperialismo, sobre el capital extranjero y sobre el capitalismo.

Si desde ahora adoptamos una actitud fatalista y echamos nuestra suerte junto con el
capitalismo norteamericano y con èl
"patriotismo" de los capitalistas nativos,
estaremos derrotados antes de comenzar la
lucha. Estaremos proclamando en la práctica
nuestra incapacidad para salir del subdesarrollo por nuestro propio esfuerzo y nuestra desconfianza en la inteligencia y el
ingenio del pueblo puertorriqueño para acabar
con una dependencia política y económica
secular.

No se adelanta, pues, la hora de la independencia adoptando ante el imperialismo una mirada seráfica y unas poses "decentes" y "pacíficas" sino haciéndole costoso, en términos económicos y políticos, su dominio colonial. Y esto se logrará sólo a través de una lucha que cree una conciencia de cambio en la fábrica y la comunidad: la conciencia de que el fruto del trabajo le pertenece a los trabajadores, de que las condiciones miserables de vida las engendra el colonialismo, de que las decisiones vitales --como el servicio militar obliga-

torio-- residen en el individuo y no son impuestas por una ley arbitraria.

Pero quien se contente con una república mediatizada antes de alcanzarla, nunca podrá ligar a la lucha independentista los mejores talentos y los hombres más sacrificados de este país. Nadie en su sano juicio va a sacrificar su trabajo, su carrera, su bienestar y hasta la vida misma, por una república en la que la General Electric, la CORCO, la Philips, la Libby's y la Stokely. VarCamp manden más que el pueblo mismo.

Esto ya odurrió en América Latina y en Africa. Volverlo a repetir aquí no es meramente un suicidio ... es una estupidez.

-- Gervasio L. García